

Pero lo que no ha cambiado en Cardoso es, ciertamente, su señera habilidad narrativa. Puede decirse por el contrario que sus dones de narrador se han acendrado con el tiempo y brillan ahora con renovado esplendor. Y no ha cambiado tampoco su entrañable adhesión al mundo rural de su isla (por eso habría que matizar nuestra primera afirmación, demasiado general, precisando el campo específico del cambio operado). De aquí que sus personajes -salvo algunas excepciones- sigan siendo hombres, mujeres y niños del campo aunque liberados ahora de su condición de víctimas de un sistema social. Y de aquí también que, no obstante un número cada vez mayor de incursiones en la ciudad, el mundo que pinta Cardoso continúa siendo básicamente el de la tierra y las gentes radicalmente vinculadas a ella. Así por ejemplo, "Caballo" - uno de los mejores cuentos de **El hilo y la cuerda** - habla de la estrecha, casi mágica relación del campesino y la bestia. "Peña", dedicado a un compañero en las faenas de trabajo voluntario en la zafra, recoge también historias del campo. E igual podría decirse de "La noche como piedra" y "Hambre".

Sin embargo, en la otra vertiente de la obra de Cardoso, la que no está tan directamente vinculada a lo rural, se encuentran algunos de los momentos culminantes del volumen: "In memoriam", insólito brote de humor negro y sobre todo "La serpiente y su cola" pieza antológica en que encuentra admirable expresión un tema caro a Cardoso, el de las relaciones entre el mundo de la infancia y el de los adultos, tratado con una profundidad y una delicadeza en verdad excepcionales.

Jorge Cornejo Polar

Zavaleta, Carlos Eduardo: **LOS APRENDICES**, Buenos Aires, Crisis, 1974, 306 pp.

La novelística peruana en el presente siglo ha seguido un curioso derrotero: mientras que sus inicios siguen las pautas modernistas, que apuntan sobre todo a la perfección formal, la etapa siguiente aporta una consistente preocupación social que parecía anunciar el surgimiento de una novela que asumiera globalmente la problemática peruana. No fue así, sin embargo, por cuanto los años 30 y 40 vieron el surgimiento de la llamada novela de la tierra o novela rural, donde autores de primera línea, como Alegría y Arguedas, ahondan específicamente en la problemática campesina, ocupando casi totalmente la producción novelesca hasta los años 50. A partir de esa fecha se marca un cambio profundo en la narrativa peruana, debido al propósito de un grupo de jóvenes escritores, rotulados por la crítica como "Generación del 50", que tratan de renovar temática y formalmente la prosa de ficción, comprometiendo en su tarea incluso a narradores de generaciones anteriores. El interés es ahora por la ciudad, en especial por Lima y su proceso de modernización que suscita nuevas realidades sociales y sentimientos de angustia e incomunicación. Naturalmente es dable encontrar condicionamientos políticos y sociales muy concretos (en el contexto inmediato, la lucha contra la dictadura de Odría) que obligan al escritor a asumir nuevas responsabilidades sociales y un nuevo instrumento para poder cumplir satisfactoriamente sus propósitos.

Carlos Eduardo Zavaleta (n. Caraz, 1928) se incluye protagónicamente en este grupo e inicia desde 1948 un extenso ejercicio narrativo que tiende a mostrar, desde distintos ángulos, la situación de un país que no puede solucionar sus problemas socio-económicos ni integrar una cultura agudamente heterogénea. Los aprendices es la novela más ambiciosa de Zavaleta, no sólo por su extensión (es la mayor de toda su producción) sino, sobre todo, por el

proyecto de conjugar la recreación de dos espacios concretos, Sihuas y Lima, que acogen la representatividad de la nación en su conjunto. Al abarcar las regiones serrana y costeña apunta a mostrar las contradicciones y conflictos subyacentes en cada uno de estos espacios y en la también conflictiva relación que los une y oprime. La novela presenta la evolución de Edgardo Fuentes, su infancia en Sihuas y su adolescencia en Lima, relato que se fragmenta narrativamente merced al uso de relatos, monólogos interiores, flash backs y otros recursos de la nueva narrativa. Paralelamente a esta trama se plantea la historia de los campesinos de Sihuas, el levantamiento del líder Salvador Velásquez, la agitación estudiantil en Lima y los conflictos políticos de la década del 50. La alternancia de la rebelión campesina y de las conspiraciones políticas universitarias, en las que interviene Fuentes, confluyen en el esfuerzo por cuestionar el sistema imperante.

En **Los aprendices** se pueden rastrear dos rasgos propios de la narrativa de Zavaleta: la violencia, presentada como alternativa para quebrar el estado de cosas, como dimensión cotidiana del sistema social peruano y como impacto de una naturaleza difícil, y paralelamente la ternura y el amor en las relaciones internas de los personajes. La violencia crea una contenida tensión en el universo creado por Zavaleta y la ternura un tono de ligereza en el curso del relato. Sin embargo, la valiosa preocupación por mostrar la problemática profunda del país, se ve en parte afectada por la extensión de las secuencias que se dedican a presentar minuciosamente los conflictos psicológicos de los personajes: el excesivo análisis de estos problemas individuales limita una mejor y más profunda caracterización de la sublección en Sihuas y de la actividad política de los estudiantes. En este mismo orden de cosas se puede observar que la violencia incubada en las secuencias iniciales del relato se atenúa en el curso de la narración y queda eludida por el aparato técnico de la novela.

En todo caso **Los aprendices** debe ser

considerada un hito importante en la producción narrativa de Zavaleta, y una de las novelas más destacadas en el ámbito de la novela peruana de los últimos años, así como el anuncio de una nueva etapa en la creación de Zavaleta, etapa en la que parece enfatizarse la perspectiva social y la intención de recrear con mirada global los conflictos múltiples de la realidad peruana.

Esther Castañeda

**Galvez Ronceros, Antonio: MONOLOGO DESDE LAS TINIEBLAS**, Lima, INTI-Sol Editores, 1975, 96 pp. (contiene ilustraciones del autor).

Parecería que nuestros mejores narradores residen fuera del país y que en la mayoría de los casos editan sus obras en el extranjero. Sin embargo, constituye un hecho plausible en nuestro medio la aparición del libro de cuentos **Monólogo desde las tinieblas**, de Antonio Gálvez Ronceros; narrador que, luego de un silencio de trece años, concreta maduramente en esta obra su posición frente al arte y la sociedad. Su primer libro, **Los ermitaños** (Lima, Difusora Cultural Peruana, 1962), conjunto de siete relatos, fue sumido en el silencio por la crítica oficial. En él ya se evidencia la inquietud del autor por dar vida literaria a seres marginados; incluso su título trasluce este deseo —al igual que ahora **Monólogo desde las tinieblas**. Notas características en **Los ermitaños** son un fino humor teñido de ironía, fantasía, superstición, socarronería, y también lirismo: la cercanía y enfrentamiento de estos elementos diluye el efecto de sus dos mejores cuentos en este volumen: "Joche" —con el que asciende a un lirismo comparable al de Eleodoro Vargas Vicuña— y "La cena" —que se ajusta a las más modernas y exigentes definiciones del cuento contemporáneo, por la perfecta situación climática que se construye y el desconcertante e impactante final.

Con la experiencia de **Los ermitaños**,